



ÁLVAREZ ORTEGA

DESDE OTRA EDAD

Devenir



DEVENIR, poesía/154
Colección dirigida por Juan Pastor

DESDE OTRA EDAD

MANUEL ÁLVAREZ ORTEGA

DESDE OTRA EDAD

Devenir
Madrid, 2002

Primera Edición, Abril 2002

© Manuel Álvarez Ortega
© De la presente edición:
Juan Pastor, editor

Apartado 35
28970 Humanes (Madrid)
Tel. 91 8169210
Correo electrónico:
pastorj@wanadoo.es

ISBN: 84 - 86419 - 76 - X
Depósito Legal: M - 23690 - 2002

Impreso en CLM, S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Sentivo querelarsi ogni altro male, ogni altra vita.

UMBERTO SABA

CUANDO la sombra de un día de noviembre
desciende sobre la tierra,
y, en un sórdico hotel, una portuaria habitación
cuyas paredes lloran con las lágrimas de una pare-
ja anterior, un hombre y una mujer, heroes
en su oscura guarida, se aman,
lo mismo que una cobra dominical y un alacrán
sonámbulo, en medio del insomnio y el escalofrío
ponen fin a su último viaje.

Una atmósfera de viernes se abre
entre cortinas y mantas de colores,
lenguas que conocen el alcohol concuerdan sus
confidencias bajo las sábanas, y, entre el hedor,
la luna de las pobres posadas orina su maleficio en
la ventana, mientras unos labios carnívoros
se santiguan en los pubis que de noche recorrieron
túneles de humo y ocultos andenes.

¿De qué se culpa a ese universo
de pronto creado, si un clima mortal entre acusa-
ciones se desenvuelve y, de tal unión,
como flora de un trasmundo, nace
una necrópolis de arpones y cuchillos, una travesía
de moscas delincuentes o tábanos

que dejan un halo de demencia entre pasiones
y lutos perniciosos?

Nunca, nunca más estas medusas
de besos negros y anzuelos
anidarán en este hotel, dársena seminal, señuelo de
polvorientos biombos
y lámparas indulgentes.
Si han de evocar sus supersticiones,
sea la lepra de otra edad quien glorifique su haza-
ña, sea la droga blasfemante o el vino rural
quienes les aclamen en ese país donde el sobresal-
to gobierna,
víboras de ceniza crucificadas
en otro más largo cautiverio.

A solas junto al mar,
cumplido el itinerario entre un aluvión de recuerdos sombríos,
bajo a beber mi natural desdicha,
y, ante la anunciación de una noche de bajas mareas, de rodillas frente a la nada,
digo adiós a tan hermosas plagas de sexos virginales.

Hacia una voz que no nace
en la tierra, que es como un carbón disfrazado de boca inocente,
en medio de una landa de sombras,
atraído soy, rostro a la deriva,
por un país que llora su interminable luto en un clima desahuciado por la sombra.

Ah, puedo recoger la leyenda
de ese mundo en calma, morirme
ahí, en esa hilera de raíces que labran la ceniza de un viejo osario,
volver al espejo y ser un carnaval
de mártires sagrados o buitres; puedo ser una ciénaga que trabaja su hastío para una ley
de cristales y trapos, la lepra de un sacrilegio

configurado por las lágrimas.

Pero, vuelta esa fauna que exige la identidad de tu
cuerpo con el poniente y su liturgia,
lejos el halago de estar vencido
por la ignorancia de otro cuerpo,
¿qué lengua podría hipotecar lo que fue una con-
junción de amplexaciones tardías
y antiguos éxtasis?

Ahora, cuando el lento verano
inventa su blasfemia y un éxodo
de ron nocturno y tabaco acecha mi muerto patri-
monio, vuelvo a tu reino de sal.

¿Quién, entre adulterios y traiciones, sabría de
nuevo coronarte?

En esa costa de breves milagros,
de pie el holocausto de tu cuerpo, sólo podrás ser
ya una fábula que se desangra
para un mayor remordimiento.

LA casa sometida al clamor
de la marea, las ventanas
bajo la humareda de aves que lloran por la costa,
la galería de retratos que el salitre de los muros
conjuga con tapices de luto
y viejos candelabros,

el amarillo aceite de los santos
con los ritos familiares,
los retablos de una estación envenenada por la
sombra, el vaho de los salones
negando con desdén los agravios de otra edad, los
gestos de un auditorio que se fue
con el polvo de los años,

la letanía de ofrendas ante el altar de unos dioses
que la madera marchita,
los rostros de una pasión
entre túnicas y salterios,
vírgenes de boca sin aliento herederas de un vera-
no de humo, mercenarias de un sexo errante
por los sombríos dormitorios,

las máscaras de la desdicha vagando sus traiciones
por los lechos desiertos,

la esfinge de harapos vestida
por el insomnio, el gorgojo
de la costumbre santiguado por un horario de mal-
diciones y cicatrices,

la existencia bebida como un daño,
el olvido, la pobreza, el maleficio o la enfermedad,
oh, todo, todo pasa por este firmamento rural
cuando la vejez en vano se perpetúa
entre las reliquias de un milagro obsceno, la litur-
gia de una nostalgia que seduce
como un beso de cianuro o un cáncer.

UN día —¿de qué verano?— oímos en Benzú llorar
las aves de los acantilados, heredamos
de la broza un paraíso en ruinas,
fuimos una hilera de termitas entre las moradas
rocas, inerte nuestro cuerpo
tras la convulsión del amor, seres desiertos en una
planicie de algas muertas y pescados.

Hoy, todavía el recuerdo
entre la arena, viniendo de un sosiego que perpe-
túan los médanos,
te yergues tú en el claroscuro
de la tarde de junio, cuando
caen las sombras y suena la marea bajo el peso del
verano, un sueño secreto, una ley que salva
nuestra entrega en esta desolación de páramo.

Ah, ¿qué puede exigir ya esa identidad de tu ros-
tro con el poniente
y su salada adulación, si el día
a solas no se atreve a despertar,
y, en otra estación, lo que fue un delirio estar ven-
cido por la conjunción de tu sexo,
ahora es sólo queja de una vejez
bajo el cielo en desuso?

¿Cómo, después de tantos años
en el sueño reconocido, puedes
ser el fermento de esta vana tentación, esta indul-
gencia, si la sangre crea su herejía
en la penumbra y el tiempo
vivifica su almanaque de tentaciones en un mapa
de oscuros enredos,
desdichas antiguas y adulterios?

Quédate ahí, en el acantilado,
dispuesta a un cordial suicidio, heroína de un
albergue de tristeza estable, y espera,
oh amor de aulaga y paja húmeda,
a que el dios que nos congregue para el sacrificio
último nos despoje de esta pasión, sea
el delgado dolabro que nos maldiga
en nuestra obscena ancianidad.

QUE puedas tú alcanzar
la plenitud del día,
lo mismo que se alcanza un amor a la caída de la
noche, y que tu júbilo sea tal un sueño
pulsado por un ángel,
un rostro que engendra su calor para otro rostro y
vive lleno de quebrantos
y alucinaciones.

El día no tiene fin, ciertamente
lo que existe nos muestra su herida más lúgubre,
nos atrae hacia un abismo de enredos,
mercados de un placer expuesto al ruido de respi-
raciones terrenales;
es como el castigo de una posesión,
el cieno de un magisterio que sólo tiene eficacia si
el cuerpo, en su enigma, se inviste
de adulación o engaño.

¿Qué tiene razón de ser
en este carnaval de pasiones marchitas y adulte-
rios? Ahí, donde los nómadas del delirio
ceden sus aguas seminales,
el sexo, puro tránsito entre dos reinos, ¿argumen-
ta su perdurabilidad

en una encrucijada de lucidez
y exterminio?

Desde ahora, tú, azor último,
olvida a esos huéspedes
que te divinizan, mira,
vuelta tu boca hacia ese espejismo de harapos y
muñecas, la larga hilera de antepasados
que humedeció la música del tiempo,

y, antes de ser sombra a la deriva,
acoge a ese gladiador que adelanta su cuchillo
hasta el umbral del sueño y lee
lo que en él deja escrito,
el exhorto de la hez que fuiste, la memoria que
nadie salvará
en ningún otro reino.

DE siempre viernes, marea
de infortunio, cuando en el lecho la pasión se sedi-
menta y el cuerpo se abre a otro reino,
y de siempre consignas tu largo itinerario de des-
dichas
en mí, viejo calendario de antiguas remembranzas,
testigo de un litigio creado
de malformaciones y heridas.

Pero hoy, de cara a la noche,
mientras el olvido restablece su dominio, ¿quién
logra vestir su rostro con otro rostro
en la penumbra que nos turba? ¿De qué forma
negar el insomnio
que nos seduce, si el reloj,
más ceguera que vértigo,
nos lleva a la costumbre de ver cómo se desvanece
el deseo o en su ancianidad se conforma?

No es el azar quien nos acusa
de esta emigración que hacia otra fosa lleva nues-
tra osamenta; en algún lugar un dios de humo,
como un acólito menor, oye la queja y nos concede
la gloria de ser una asunción de ceniza, un cordial
holocausto en medio de un estero

de halagos y maldiciones.

Mas, falseada la hora, mientras asistimos a tan
breve cónclave,
¿quién sabría dejar su memoria
entre las ruinas de tal heredad y no ser devotado
por la desidia? ¿Cómo descansar
en tal cuartel, si el tiempo
es lo mismo que un rey ciego, rodeado de cuchillos
sombríos
y voraces tentáculos?

Ah, lo sabes, no hay salvación,
vivimos como sombras empañadas en un nidal de
espejos, donde el mal convicto se congrega,
una posada de sonámbulos reos
que, con obediencia, entre seducción y terror, pro-
fanan los cuerpos
a mayor gloria de una vieja divinidad,
la nada.

COMO el alisio que se acerca a la tierra y en ella
se oscurece,
de pobreza y luto te alimentas,
rostro de humilde tentación, fábula que deja su
residuo bajo un alba que no conoce
habitación o residencia.

Ladera abajo, con las conchas
que juzgan la paz del arrecife,
asomas a un promotorio infernal y en él oficias tu
tiniebla, acólito trashumante, héroe
de una gesta que tiene su cruz en un hospicio de
sangre virginal y algodones.

¿Hacia qué landa vas ahora
por ese zoco de tarántulas
si sólo eres una cuádrica que conduce a un pobla-
do baldío, una pedriza donde las sombras
son el polen de una fábula envenenada, el germen
de una familia que vive
de alucinación y delirio?

Como una luna de trapo,
de cara a un hogar que en el olvido se despuebla,
oyes el oratorio del día,

y, entre mantas y almohadones, jauría de un sueño obscuro, tus presagios se hacen humo
de una alcoba en llamas, una ascensión que lenta se deshila en la boca del tiempo.

¿Qué esperas ahí, cerca de la eternidad?
El cuerpo es ceniza y vive su venganza en la tierra,
pues conoce la ley, sabe la piedra que dirá para
siempre su caverna tardía, la nave
que surcará su memoria,
antes del exterminio.

AHORA que sólo eres una sombra,
acoge a esa familia de larvas que de tu destierro se
culpa, entrégale la llave del hogar
que de siempre fue tu cobijo,
dispersa tu ceniza ante la piedra que oyó la gesta
del día y no te dejes caer en la tentación
de ser un vano habitante de la nada.

Ahí, donde se ofició el rito,
mientras cedes a una turba unguida con el aceite
del sacrificio, ¿qué piel te habita ya, si tu ofrenda
es el aliento de un reptil herido
por la costumbre, un legado sombrío,
y una cabeza de luto con indolencia siembra su
magisterio por tu dominio?

De insomnio y polvo se conforma
tu osamenta en ese promontorio del olvido, allí
donde un sol de ocaso te abrasa
como un ácido enloquecido,
donde eres, tal un sacrario abierto a la pesadum-
bre, un vaso de oscuridad, una bujía de humo,
un ojo apagado en otro mundo.

¿Qué clima escribe la orfandad

de ese cuerpo que fue esplendor
en la tierra? ¿De vuelta a qué poniente vives, si
con tanta ceguera
das origen a una nueva estirpe
y en ella sacrificas lo que fue grata anunciación del
dios que fuiste un vago día?

Niegues o no la eternidad,
sólo el rostro que no alcanzó su gloria dirá a qué
cegador infierno
tu amor ha prevalecido.

CIERRA los ojos, y en la oscuridad,
con cada latido —porque todo lo que debía recordar quedó escrito
en la cal de las paredes—,
ve crecer una hoguera que calcina su mansión, oye
una lengua en marcha hacia el infierno,
huérfano en un hotel de arañas
y trapos mojados por la pobreza.

Antes viajó con otras sombras
por túneles de lento amanecer,
siglos de un cielo acosado por pájaros errantes y
mendigos, y juntos, bordeando asilos
de dioses herejes y salitre,
rostros en sanatorios de alcohol y adormidera, a
sobresaltos se hizo una inundación de deseos
en un clima de pasiones sombrías.

Pero, ahora, como si errara por un recinto de apagadas
linternas,
se siente ir hacia otro carnaval,
a donde no regresa el tiempo,
y, rehén converso, se integra en una familia tras-
humante, mercenario de sangre germinal
por caminos y poblados de luto.

¿Qué espera de esas nuevas nupcias, si asido a su
servidumbre

es sólo una humareda de ropas
vagando por muertos osarios, una resaca que con
intermitencia cuenta
las horas de un mundo de retales
santificados por la infamia?

No saldrá de esa plantación.
Quiera el día que, lejos de tabernas y hospitales,
navegante arcaico de una barca varada,
oiga el canto del ocaso en los escombros de un
nuevo país, sea, como interludio de esa asunción,
antes de la muerte y su rito, el cormorán en su
vuelo corsario,
el arcángel y la máscara
de otro más grato paraíso.

CON obstinación, a golpes
de insomnio y cigarrillos,
de lunes a domingo bajo la sombra del largo vera-
no, ¿quién puede decir que eres
como una sombra junto al mar?
Y luego, cuando en el aire no queda sino un olor a
sal y madera,
sobre la arena ardiente,
¿cómo acoger ese ondear de pañuelos, si el levante
te convierte en un hilo
de llanto y desconsuelo?

A las puertas de junio abrías
tus ojos de mantis, la piel
cada vez más oscura después de cada despedida,
cuando los insectos volvían de los médanos
y por la penumbra de la casa
—un paraíso de camas de caoba
y edredones de humo— sonaba
un blues de tabaco y tristeza,
una trompeta herida por un dios homicida.

Oh cuántas veces, tal un cazador
ante la presa pertinazmente viva,

cediste tu destino a un páramo devastado por la
pasión, cuántas veces
ardida la boca por el último sollozo,
descompuesto el rostro por un ruido de hojas y
metales, volviste su ceguera hacia el mar
de afilado perjurio, tu imagen alzándose desde un
panteón familiar,
desde una eterna nada.

Pero hoy, cuando por la noche bebes tu licor de
ceniza, comprendes la abnegación del día,
el látigo que sustenta tu lealtad de máscara
supuesta,
pues conocidos los nombres que amaste
escritos en el espejo, el ser que no eres tendrá habi-
tación en el tiempo, será un escombros inmortal,
cuerpo entre otros cuerpos.

Nunca, nunca la última conciliación
tiene lugar más allá de la sombra que en el osario
se refleja.

¿QUE pervive en la tierra
cuando la pasión ha huido
y en el aire –como una ola lejos de la arena se des-
hace en otra ola– queda
un sonido que nos fue familiar,
un olor íntimo, un frío éxtasis?

Cuando una mano toma un hilo
de agua, y en él multiplica el reflejo
de la mañana, la huella de un amor
que no tuvo fe en el mal;
cuando, desterrado del mundo, ves caer la nada
sobre la casa y sus nómades moradores,

¿qué incuria se consolida
entre los muebles que conocieron los antiguos
delirios, la gota de luz lunar que adormece en el lecho,
el eco de un sueño anterior, la gesta de una lágrima
que reclama su eternidad?

De torpes palabras y llantos oscuros
está hecho el amor, de bocas muertas
y manos sombrías, si de cara
a la penumbra de una habitación se abre una sima
que niega su magnificencia,

un signo fatal en consonancia con la hidra
que por la misma boca habla.

Nada te salvará en ese océano
devorado por la injusticia.

Tal un cielo cerrado, reúnes las dos mitades del
horror y la súplica,
y, rey de un crepúsculo
de sangre seminal y algodón, toda tu heráldica se
volverá contra ti, padre rufián,
delito intermitente.

Pues inútil en todo oficio
cuando la carne reclama su hazaña en otro cuerpo
o en él vive,
víctima indolente
de tan vano privilegio.

DESCENDIO al acantilado,
y junto a la tempestad de bocas
que el tiempo despintaba, polvo
en el hoyo de otra sombra,
vencido el dominio de los párpados cerrados al
insomnio, se acunó en sus ojos, y, ciego
al maleficio, todo el universo de senos y caderas
oscureció en el lecho.

De rastros y humaredas se crea
la nueva estación, un aguacero
se abre como un mar de agujas entre la fría piel y
la penumbra,
y en los muros que guardan la verdad de un mile-
nario sacrificio,
lleno de encías y labios vanos,
el milagro se enluta entre la pasión letal
y el largo escalofrío.

Cuando el dolor es sólo incertidumbre,
cierto halago, una aventura lo mismo
que una consigna dada a un muñeco de trapo, ¿con
qué serena cualidad
referir el acontecimiento,
si el tiempo no sabe comprender,

si los sentidos adelantan sus claves y desprovisto
de todo alarde
el olvido se desdibuja
en su inventario preso?

No puede resistir el alba
más soledad. Transcurrirán los días entre espejos
empañados y alientos venenosos,
cortinajes ajados
y retablos de polvo.

Y de nuevo volverás, cuartel desierto, alimento
secreto, himno de sombra para los viejos amantes
de un noticiario escrito por la muerte.

¿DONDE nace esta voz
que proclama alegría
y, abriéndose como un surco en la desnudez de la
tierra, hace su nido en otro cuerpo
o en él se santifica?

Desde esta colina que la aves ocultan,
veo la claridad del alba
negarse a la noche, oigo el canto de las algas llegar
hasta la oscuridad
del largo arrecife.

Pero el desaliento de la hora
se esparce en el recinto, el día
no quiere venir, y un poniente de luna que la arena
persigna completa el claroscuro,
la hoguera de un delirio que niega su gesta
a una aventura perdida entre los años.

Este icono que anida en nuestra cabeza no nos sal-
vará: preso en un mundo de gestos,
órbita en las predicciones de una sequía cardinal,
con vehemencia
se pliega a la malversación

de otra edad, de harina muerta y sal sombría rodea
su maledicencia,

y así, cerrando puertas en el abismo,
ventanas sobre páramos y esteros, capitanes diabó-
licos en un combate de alaridos y sollozos,
hacia la piedra del sueño
vamos, hacia el féretro cordial en donde el tiempo
dicta su sanción,
eterna realidad.

Neguemos entonces nuestro calor
a la bóveda astral que del maleficio nos preserva,
bebamos nuestras pasiones en el aljibe que de
nuestro cuerpo hace su interludio,
y, como en una visita íntima,
antes de conceder nuestra breve temporalidad a la
jauría de los años,
lejos de las larvas
y los trajes vacíos,
hagamos de nuestro espacio el sudario que nos nie-
gue el conjuro
de la obscena eternidad.

DE norte a sur crucificada,
la oscura vibración del ave.

Al otro lado del tiempo,
mientras llora en la miel de sus raíces, el ofidio del
mal acecha,
configura su espacio girando
en torno a la guarida, la sorda cavidad que planifi-
ca su destrucción.

Pero donde el día se inviste
de fingida luminosidad, mientras
en las salinas se abrasa la humareda de un ening-
ma intacto, el reino de los pájaros se suicida
rodeado de fiebres carnales
y obscenos llantos.

Vacíos de contornos, inmóviles
ante lo visible, entre astros
sonoros y ropajes marchitos, los siglos entregan su
humilde majestad,
el relámpago invertido
de su tormenta interior, el hielo que precede al
escorpión giratorio del sexo.

Un rostro nocturno en el poniente
se alza, unos cabellos de sal
encienden su horizonte de magnesio y alambre
convulso, es una nube de alta travesía,
una heredad cordial que protesta de su percha de
encaje en torno a un amor muerto.

Mas hacia ese rostro llevamos
nuestro rostro, sal también,
arenal provisto de superfluas voces, cuando el
holocausto se perfila en su morada y el sexo
escribe cómo es la nada tras el azar traicionado.

Ah, volveremos un verano
a ese trópico de guadaña
y malversación; seremos, entre las plumas un país
de máscaras
en su grata convalecencia,
y en él reinaremos, mercaderes en hoteles de alcohol y corrientes de humo,
larvas abrazadas en el osario
del exilio.

FRENTE a la dársena
y sus aves diurnas,
¿oye el cuerpo la reflexión del agua o se envenena
en el óxido de la mañana?
¿Es una sombra que regresa de un exilio infernal
o un espejo que se colorea
de disfraces y nostalgia?

Se ciegan las salamandras
entre las cañas sombrías,
de piedra en piedra el vuelo del azor dibuja su pico
de luto en los despojos de la playa,
y, sobre las bocas unidas a la indolencia de la
marea,
un dios de humo se entrega
a su marina ascunción.

¿Qué proclaman esos rostros,
sacerdotes en la penumbra entrevistados, mientras el
oleaje mueve su perentoria obscenidad?
¿A quién importa la enseña de un sexo malcomido
por los tábanos?
¿Tiene razón de ser un llanto
que se suicida junto a las algas, el lóbrego edicto
de un duelo consagrado al día?

No resplandece el verano
ante tal conformidad,
en su cavidad acusatoria el ojo enmudece en
memoria de la noche
que pasó, un dolor bajo la luz
mortecina de la lámpara, en tanto gira bajo la tela
de la cama un pubis de estrellada aventura,
un clima que la desolación altera,
bosque de lágrima o nada.

Pero hoy –no lo sabes– es un ayer que no tuvo
lugar, un adiós
al olvido consagrado.
¿Y qué efeméride –la pasión más viva en su conci-
liábulo– sabría evocar
lo que fue una despedida
y, frente a la dársena y sus aves diurnas, es la ima-
gen de un amor herido
por la inocencia de los años?

QUIETA y traspasada
por una luz dudosa,
ahora que la aurora invernal se entrega a su medi-
tación, y, al otro lado del día,
extasiado o muerto como ante un suceso imprevisto,
se desespera el amor, un hilo
de voces en la oscuridad,

¿quién se da a un idilio
tan banal, si el insomnio
extiende su lenta red por la penumbra y las cosas,
de vuelta a su indolencia,
oída tu edad y su magisterio,
ceden su sórdida alegoría a lo que fue sólo el signo
de una torpe posesión?

Si, paralelo al mal, ciego
auriga mayor de una larga procesión de vírgenes,
hidras que no saben llorar, máscaras
que acceden a una malversación de impudicia, te
coronas, delator que halla su clemencia
en el agua de un negro paraíso,

¿cómo puedes dictar una ley
que sólo es lección varia de obscenidad, largo
muro de latente venganza?

¿Cómo puedes ser imagen de una liturgia consagrada a un nudo de sierpes
que intercambian sus ultrajes
en tan febril amplexación?

Hoy, cuando el alba se arrodilla a los pies del lecho, muerta la hora, reo o no de una pasión
que los años carbonizan, hágase en ti la clemencia
de una nueva asunción, el rito de un patrimonio de larvas que la sombra sacraliza
en el osario de Orfeo.

RECORDÉ que tu reino
es como un páramo que en su indolencia se quiere
perpetuar, el tiempo
un signo en la eternidad,
la tierra una pasión abierta a la creciente confluencia
de mal y la aventura.

Luego toqué el centro exacto de tu cuerpo, donde
el amor germina,
y, aventurero de la sombra,
reconocí cuanta desolación emergía en torno a tal
heredad; tu imagen, cerrada al llanto,
fue un instante mi ascunción.

Amortajado de tiniebla,
bajé el umbral del día, hice de tu cabeza un incle-
mente ídolo, y, entre verano y pobreza,
alcancé el oscuro mar de la desdicha como un
monarca que perece
vencido en su hostil mansión.

Esta nueva patria, ¿era la calcomanía de otra edad,
una lluvia de muertos de domingo
y sueños voraces, o era
una labranza de mentiras, un muestrario de con-
tratiempos en un mercado de ruinas carnales?

Fiel al cautiverio fui, fiel
soy, llegada la hora, al halcón que en tu cuerpo ale-
tea, cuando
oficiante en tu lecho,
lo mismo que una crisálida sombría, hago caer en
tu fosa mi última pasión.

Desplazado del tiempo,
antes de invocar la gracia de otro mundo más
duradero, nuevo Lázaro en su hoyo de sal,
¿qué otra cosa, vencido ya, puede hacer de tu mor-
talidad mi oscuro testimonio?

ENTRE la sombra de los barrios
y la tristeza portuaria, a solas
desempolvando su ley como un vano contratiem-
po, con la lluvia de los muertos va,
despojo boreal o serpiente de luto.

Nace del humo de la noche,
dibuja los breves signos
que un milenario oficio supo perpetuar, lleno de
codicia toca los años malgastados,
se hace acreedor al plomo o al cuchillo
de su tosca heredad.

Un malecón de insomnio ahora
en su país, una esquina de muerte calca los pasos
que a la última fosa
conducen, sólo un dios de trapo
en otra patria lo salvará.

Astro de una constelación de polvo,
ropa muerta, como un redondel de élitros des-
prendido de un tránsito de insectos,
descrifra la memoria del ser
que en otro ser se invierte.

Nunca hallará lo que en el sur

ha escrito: en su negra cabeza será la corona de
azufre y el laurel corrompido.

Vampiro de la noche y el día,
peligro entre dos luces de una estación desierta,
sólo es un dardo arrojado
a un corazón más débil, el hoyo
donde todo amor es ceniza.

ÍNDICE

I

Cuando la sombra de un día.....	13
A solas junto al mar, cumplido	15
La casa sometida al clamor de la marca	17
Un día —¿de qué verano?— oímos	19
Que puedas tú alcanzar la plenitud	21
De siempre vienes, marea.....	23

II

Como el alisio que se acerca	27
Ahora que sólo eres una sombra	29
Cierra los ojos, y en la oscuridad	31
Con obstinación, a golpes de insomnio	33
¿Qué pervive en la tierra...?	35
Descendió al acantilado.....	37

III

¿Dónde nace esta voz...?.....	41
De norte a sur crucificada	43
Frente a la dársena y sus aves	45
Quieta y traspasada por una luz	47
Recordé que tu reino es como un páramo.....	49
Entre la sombra de los barrios	51

COLOFÓN

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE "DESDE OTRA EDAD", DE MANUEL ÁLVAREZ ORTEGA, NÚMERO 154 DE LA COLECCIÓN DEVENIR, SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA 30 DE MAYO DE DOS MIL DOS, EN CLM ARTES GRÁFICAS, EDUARDO MARCONI, 3, (POL. CODEÍN), FUENLABRADA (MADRID)

Manuel Álvarez Ortega (Córdoba, 1923) dio a conocer sus primeros versos y artículos en 1940, siendo todavía estudiante de bachillerato, en la Prensa y Radio de su ciudad natal. En 1948 aparece su primer libro de poemas y en 1949 funda y dirige la revista y colección de libros «Aglæ». Ha colaborado en muy distintas revistas españolas y extranjeras, y numerosos textos suyos han sido traducidos al francés, inglés, flamenco e italiano. En 1961 y 1969 fue pensionado por la Fundación March para realizar sus dos antologías, *Poesía Francesa Contemporánea* (1967) y *Poesía simbolista Francesa* (1975). En 1988 el Ministerio de Cultura le concede una beca a la traducción por la *Obra completa* de Saint-John Perse. Pertenece a la Real Academia de Córdoba desde 1969. En 1998, cincuentenario de la publicación de su primer libro, la colección «Devenir» le dedica un volumen de homenaje. Recientemente, por la Universidad de Saint Gallent, de Suiza, junto a una treintena de poetas y escritores españoles, ha sido propuesto a la Academia sueca y aceptado como candidato al Premio Nobel. En la actualidad reside en Madrid. Entre los galardones literarios recibidos destacan: Accésit del Premio Adonais (1963), Premio Nacional de Traducción (1967), Premio de la IV Bienal de León (1967), Premio Ciudad de Irún (1976), I Premio Mundial de Poesía de la Fundación Rielo (1981) y Premio de las Letras de Córdoba 99, instituido por la Diputación de su ciudad. Le han dedicado numerosos monográficos a su obra las revistas «Flabas» (Las Palmas de Gran Canaria, septiembre-octubre 1972), «Antorcha de Paja» (Córdoba, febrero 1974), Suplemento «Culturas» del diario «Córdoba» (Córdoba, mayo 1986) y revista «Barcarola» (Albacete, noviembre 1999).

ISBN 84-86419-76-X



9 788486 419769